

## **Encuentro con Nuestra Señora de los Dolores. 18 de marzo 2021.**

Formamos parte de una larguísima relación de hermanos que ha profesado a la Virgen de los Dolores casi 400 años de devoción y de culto ininterrumpido a lo largo del tiempo.

Triunfo, Soledad, Dolores..., distintas advocaciones para el mismo fervor a la Virgen María, a la que dimos culto, incluso sin contar con su imagen, tras los actos vandálicos que sufrió nuestra parroquia en mayo de 1931.

Conociendo nuestra historia crece nuestro orgullo de formar parte de la Archicofradía, de haber sido cada uno de nosotros un pequeño diente de un engranaje perfecto en el momento en el que nos ha tocado ser mantenedores del ancestral legado de la Fe y la devoción profesada por nuestros antecesores.

Y son muchos los ejemplos de esta devoción a Nuestra Señora de los Dolores a lo largo del tiempo y aunque con formas y estilos distintos en cada época, todos son reflejo de una idéntica veneración a la Virgen María.

De algunos de ellos se me pide que os hable en la reunión de esta tarde, para acercarnos más a la “Más Hermosa de las Madres”, a esa mujer de finísimo rostro que en San Juan nos espera en su antigua capilla, protegida por un cristal, para que no la roce ni el aire, como decía nuestro hermano Antonio Garrido.

Y así intentaré narraros algunas antiguas estampas, comenzando por la procesión que no conocimos. Y empezaré por algo cercano a todos nosotros como portadores, recordando una de las estaciones de penitencia del siglo XIX, la realizada el Jueves Santo de 1858.

Aquel año, la procesión salió de la Parroquia a las seis de la tarde con las imágenes del Nazareno de San Juan, la Exaltación, San Juan Evangelista, Jesús de la Puente y Nuestra Señora de los Dolores. Esto era lo frecuente en aquella época. Las procesiones eran por parroquias, integrándose en ella las cofradías que allí tenían su sede. Unas veces salían todas y en otras ocasiones solo algunas, pero la presencia de la Virgen de los Dolores era siempre demandada por todos, al ser la Patrona de la Parroquia y sus Cofradías.

El cortejo comenzaba con el acompañamiento de niños portando los atributos de la Pasión y Niños de la Providencia (huérfanos acogidos entonces junto a San Felipe Neri) cargados de cruces. Nazarenos con grandes colas precedían a las primeras imágenes, a los que seguían cofrades en traje común, la Virgen de los Dolores, al igual que las demás imágenes, iba precedida por una Capilla Vocal e Instrumental y el acompañamiento de grandes hachas de cera. Cerrando el cortejo se situó una representación del Ayuntamiento y la banda de tambores y música del Regimiento de Murcia. En aquella época los tronos de carrete (compuestos por la peana como la que todavía conserva Nuestra Señora, colocada sobre unas andas) se portaban por horquilleros, como todavía hoy se mantienen en muchas localidades malagueñas. Aquel año según nos cuenta el cronista del periódico “El Avisador Malagueño” un largo recorrido de casi seis horas y el peso de “las efigies”, provocó numerosas paradas en el trayecto ante el agotamiento de los horquilleros, que solo en calle Álamos tuvieron que hacer 15 paradas. La propuesta del periodista no podía ser más pragmática sugiriendo la incorporación de ruedas para sacar los tronos (como vemos, cualquier tiempo pasado no fue mejor...).

Desde el Miércoles Santo de 1893, al Viernes Santo de 1978, no se realizó la Estación de Penitencia, sin embargo si hubo una salida procesional de la Virgen de los Dolores, y esta se

produjo el 19 de febrero de 1950 con motivo del Vía Crucis de la Santa Misión, que organizó el Obispo D. Ángel Herrera Oria. Aquella invitación del Obispado en el que la práctica totalidad de las imágenes marianas de Málaga iban a congregarse en torno a la Virgen de Fátima, traída al efecto desde Cova de Iria, cogió un poco desprevenidos a nuestros directivos de aquel entonces. Pero en pocos días se confeccionaron unas andas, se compró tela para hacer los faldones (los Dolores con dignidad siempre) e incluso se adquirieron unas almohadillas para los portadores de la Virgen. El Hermano Mayor, D. Carlos Rubio designó a aquellos afortunados que sacaron a la calle a Nuestra Señora de los Dolores después de casi sesenta años: Alfonso y José Soria Álvarez, Juan Barrionuevo España, Salvador Álvarez Buguella, Manuel Temboury Álvarez, Manuel Gorría y José Núñez de Castro, se convirtieron de esta manera en los primeros portadores conocidos de nuestra Hermandad.

La segunda estampa me gustaría dedicarla a algunas muestras significativas de devoción. Y volviendo a atrasar nuestra peculiar máquina del tiempo, nos situamos en la Málaga del Trienio Liberal, concretamente al año 1823. El General Riego salía apresuradamente de Málaga ante la llegada de los 100.000 Hijos de San Luis, que iban a poner fin a aquel periodo liberal. Pero antes de la huida se realizó una gran requisa de piezas de oro y plata en todas las iglesias, que desgraciadamente fueron fundidas. En aquella requisa se confiscó a nuestra Hermandad una de las placas de Mayordomía, conservándose afortunadamente y porque no estaba en el templo la que hoy se integra en el Mater Dolorosa, realizada por Peralta Verdugo, pero desgraciadamente, también formó parte de la apropiación, la corona de Nuestra Señora de los Dolores.

Pero ante aquella adversidad la Hermandad, como siempre ha ocurrido, se repuso gracias a la devoción y el amor desinteresado de hermanos como el platero José Reyna y Laguna. El orfebre realizó dos coronas nuevas, una, con la previsión de que hubiera nuevas requisas, en latón de baja calidad para que Nuestra Señora la luciera de ordinario, y otra en plata cincelada para las grandes ocasiones. Reyna firmaba su factura con una bella y ejemplar frase: “Es de advertir que mi trabajo y adjencia como artifice lo dejo a favor de Nuestra Señora”. Eso es como tantas veces se dice, venir a una Cofradía a servir y no a servirse.

Y a cuántos habría que citar en este sentido, hermanos como Juan Carlos Sweert que donó a la Señora una valiosísima Cruz Pectoral de diamantes, con cuya venta la Hermandad pudo salir adelante a comienzos del siglo XX; el presbítero José Sanz, que luchó por el mantenimiento de la propia Hermandad con la unión a la Sacramental en 1801; el comerciante Juan Prolongo, que con absoluta bonhomía y su patrimonio personal saneó las deudas contraídas en desastrosas gestiones anteriores a la suya; José María Caballero que desde su cargo de Secretario, se mantuvo desde 1902 a 1906 como única figura dirigente de una Hermandad descabezada sin Hermano Mayor, o la familia Goux auténtica mantenedora de la Archicofradía durante casi todo el siglo XX.

Y aquí también es justo mencionar a tantas hermanas ejemplares en su devoción a Nuestra Señora de los Dolores, especialmente a aquellas mujeres que cuidaron de su ropa, de sus alhajas y de su arreglo, de las que da noticia nuestro Archivo desde fechas muy tempranas del siglo XVIII, como Teresa Casimiro, Ignacia Labat, Teresa Rodríguez, Concepción Porta o las hermanas Julia y Carmen Abela. Una de estas camareras, Asunción Álvarez Net, ejerció de facto las responsabilidades de Hermano Mayor, durante varios años, una vez fallecido su marido D. Julio Goux.

Y el celo histórico me impide extender la relación a tantos buenos y nobles hermanos que desde finales de los setenta han colocado a la Archicofradía en el lugar en el que hoy se encuentra. Sin duda que alguno de mis sucesores en nuestro Archivo tomará cuenta de ellos.

Y quisiera terminar con una última estampa dedicada a la imagen actual de Nuestra Señora de los Dolores, que fue donada hace ahora 80 años por el anticuario y académico de San Telmo D. Antonio Pons y Ramírez de Verger.

Siempre estuvimos interesados en saber cuál fue el origen de la imagen de Nuestra Señora y elucubrábamos con la posibilidad de que fuera una de las piezas del establecimiento del anticuario. Sin embargo, no hace muchos días, localizamos a Monserrat Pons, sobrina nieta de D. Antonio, y mantuvimos con ella una larga entrevista en la que nos aclaró muchos aspectos sobre el origen de nuestra Virgen, que hoy comparto con vosotros en absoluta primicia.

Para ello nos remontaríamos al último tercio del siglo XIX con la figura de D. Rafael Ramírez de Verger y Rodríguez de Rivera, médico y propietario de grandes plantaciones de tabaco en Canarias y Puerto Rico, razón por la que fue nombrado Director de la Real Fábrica de Tabacos de Sevilla. La residencia familiar se estableció en la misma fábrica, que se convirtió en el primer lugar devocional conocido de Nuestra Señora de los Dolores, ya que allí se dispuso en un oratorio familiar, la imagen que pertenecía a la familia de su esposa, los Gómez de Pedroso. Posteriormente la familia se trasladó al número 3 de la plaza de la Contratación de Sevilla.

Años después la imagen se traslada a Málaga con una hija de este matrimonio, María Dolores Ramírez de Verger y Gómez de Pedroso, que se había casado con Baltasar Pons y Pla, ingeniero de la línea del ferrocarril Málaga-Córdoba y propietario de una industria conservera en Málaga. Nuestra Señora de los Dolores continuará expuesta a la devoción familiar en una villa situada en el Paseo del Limonar nº5. Al quedar viuda, D<sup>a</sup> María Dolores se trasladó a vivir a la Alameda de Colón y su hijo Baltasar Pons y Ramírez de Verger a la Alameda Principal.

La familia guardaba estrechas relaciones con la parroquia de San Juan, de la que eran feligreses e incluso cofrades de la antigua Hermandad del Nazareno y, como dice Marta Pons, no fue nada extraño que tras los actos vandálicos de 1931 y 1936 donaran su Dolorosa a la Archicofradía en 1941.

Y aquí seguimos a los pies de Nuestra Señora de los Dolores, a la que yo, como vosotros, tuve el honor de portar sobre mi hombro durante 11 años.

Es el puesto que contiene el privilegio de ser el más cercano a Ella durante la Estación de Penitencia, y que abandonamos con profunda tristeza cuando nuestras fuerzas ya no acompañan. Pero no por ello se me pasó nunca por la cabeza dejar de acompañarla, ahora como nazareno, y cuando tampoco pueda vestir nuestro hábito, intentaré seguir saliendo “en traje civil”, como decía aquella crónica del XIX, formando parte de la penitencia detrás de su trono.

“Dulcísima María.

Por los dolores que padecisteis al pie de la Cruz viendo expirar a Vuestro Hijo.

Haced misericordia de mí en la agonía y última hora de mi muerte. Amén”.